

PABLO LACOSTE

La Mujer y el Vino: Emociones, Vida Privada, Emancipación Económica
Mendoza, Caviar Bleu S.A., 2008
ISBN: 978-987-23725-2-1

Reseñado por
Arturo Grubessich
Universidad de Los Lagos

La obra presenta en sus páginas iniciales dos prólogos muy bien logrados, que dan cuenta cabal del contenido del libro. Esa es la razón por la cual esta reseña quiere mostrarlo bajo una perspectiva diferente, que recalca aspectos que van más allá que su lectura.

En el marco de la Introducción quedan integrados los elementos que dan el carácter a la obra con matices de diversa intensidad. Aunque el campo historiográfico recién se sacude de antiguas prácticas homocéntricas, sólo quisiéramos anotar un par de precisiones orientadas a valorar, bajo la forma de compensación, lo que dos hombres —entre muchos en diferentes tiempos— han aportado a la idea de lo femenino. Para Aristóteles, el orden y la adecuada satisfacción de las necesidades del hogar (*οἰκονομία*) es función de la mujer; de allí y con acento femenino, queda sentada la base de lo que será la economía. Más aún, también en La Política registra que “*todos los regímenes en que la condición de la mujer es mala, habrá de considerar que la mitad de la ciudad vive sin ley.*” (La Política. II, 1269-1270). Luego, saltando a la Ilustración española, encontramos a fray Jerónimo de Feijoo, crítico de toda teoría sólo basada en la autoridad y la tradición, argumentando *En Defensa de las Mujeres* (Teatro Crítico Universal, I, XVI) en una esfera mucho más amplia que la del claustro hogareño.

El título abreviado sugiere ideas que la enumeración que le sigue precisa. Así, poco frecuente es encontrar en una obra del peso historiográfico como lo es ésta,

una combinación tan variada de factores humanos unidos en una sensibilidad estilística atrayente; en algunos pasajes casi novelística. La complejidad del género de la prosopografía histórica queda de manifiesto en los capítulos dedicados a las figuras de doña Melchora Lemos y de doña Tomasa Ponce de León. Sin desmedro alguno del rigor histórico, los argumentos generan círculos concéntricos que dan vitalidad humana al drama de sus vidas. Ellas son hijas de un tiempo en el que torcer la ley para favorecer al hombre en contra de la mujer, hecho en sí moralmente condenable, no era conducta ajena cuando se trataba de un fuerte contra un débil; paradigma jurídico sólo ocasionalmente desafiado en la sociedad americana durante su proceso de formación inicial.

La historia familiar tejida en torno a Andrea Corvalán y Pascual Suárez refleja la aseveración anterior, en su intento por la liberación de su hijo esclavo. Esa historia puede ser vista como una representación del poder de la elite dominante en una sociedad colonial, en la que las ideas de la Ilustración comienzan a horadar sus persistentes y profundas honduras, anticipando los aires del cambio independentista. Pero, desde otra perspectiva, ella también revela el peso de la continuidad manifestada en sentimientos y valores. El amor y la voluntad, como también el egoísmo y el desprecio, todos residentes en la condición humana, afloran en este estudio y se encarnan en los destinos divergentes de los hermanos finalmente liberados de las rudezas de la vida o de la abyecta servidumbre esclava. En una muy bien lograda hilación,

Lacoste trasluce el juego de esas dos constantes históricas.

La versatilidad de los enfoques frente al tema de estudio presente en la obra, queda evidenciada en el capítulo *Viticultoras, pequeña propiedad y movilidad social*. En efecto, los datos cuantitativos obtenidos desde las fuentes compulsadas son transformados en información que descubre la objetivación de la movilidad social en el espacio viñatero. Evidencias de esta naturaleza en que una metodología de base cuantitativa es capaz de revelar ajustes individuales dentro de los rangos sociales, no abundan en la historiografía colonial americana y, particularmente, en el cono sur del hemisferio.

El último capítulo del libro conduce al lector a *La casa de los viticultores cuyanos* en la que se recorren espacios de creciente intimidad familiar donde cada uno de ellos es revisado con prolijidad. En ellos, la vida cotidiana del esfuerzo y el trabajo se combinan con los espacios de amena sociabilidad y privacidad. La descripción de los

enseres domésticos, de las artes y medios de su construcción, de las formas de abrigo y de los placeres del ocio, dejan la imagen de formas de vida sencilla y austera propias de hombres y mujeres pertenecientes a una sociedad con usos y costumbres de raigambre rural.

Las *Conclusiones* consolidan los temas de cada capítulo hilados por el eje central de la obra. Su lectura vuelve a recoger aspectos que tocan la sensibilidad del lector junto a otros que informan acerca del largo y duro proceso de identificar a la mujer como sujeto constructor de historia. Aquellas que nos fueron presentadas en la obra, ciertamente dan respuesta con largueza a la pregunta que Lacoste se hace en la Introducción (*apud fine* pág. 25).

El rigor historiográfico expresado en un estilo que invita a la lectura y que no cae en arbitrarias complejidades semánticas, hacen que esta obra se transforme en un necesario medio de conocimiento de la sociedad cuyana en el siglo XVIII.